

Breve escrito sobre la fe interna.

Dario Ergas

Centro de Estudios, Parque de Estudios y Reflexión Punta de Vacas, Marzo 2017

Fe interna no es afirmar.

Es desestabilizar el "piso firme" en que te paras, sentir, sin sentir, algo profundo que nos atrae hacia sí.

Aprendo a sentirte aun en tu ausencia.

Aprendo a escucharte sin que me hables.

Aprendo a seguir tu luz aun sin verla.

Resumen

Este breve estudio hace una síntesis de la obra de Silo referida a la fe. Luego basado en las experiencias del trabajo de ascesis, diferencia la fe externa de la fe interna; profundiza en la fe interna y la comprende como fe en sí mismo y como fe en la trascendencia. Revisa los desplazamientos del yo que ocurren en el fenómeno de la fe, y como el temor disminuye con la fe interna, pero aumenta con la fe externa. Concluye con una síntesis de todo el estudio.

Interés: El interés de este breve estudio es apelar a la fe interna para superar el temor a la nada, al vacío y a la muerte.

Hipótesis:

- La fe interna es la fuerza de una creencia.
- El contacto con la fe, interna o externa, es un modo de desplazamiento del yo que puede inspirar la conciencia.
- La fe interna aumenta cuando la acción se orienta hacia los otros, apoyando su fortalecimiento y liberación.

Este trabajo es motivado precisamente para averiguar cómo sostener la fe, en el silencio de las creencias y representaciones de la conciencia¹.

Qué es la fe.

Se suele definir a la fe como una "creencia". Algunos como una creencia sin fundamento de la razón y para otros como una convicción de algo que se experimenta como evidente. También se la ha definido como la virtud (o fuerza) por la cual creemos las verdades divinas.

La fe moviliza emociones, pero no es ella una emoción; moviliza imágenes y representaciones, pero no es ella una imagen o una representación. La fe moviliza al cuerpo en una dirección, pero no es ella el cuerpo, y quizás si es esa dirección.

En el Diccionario del Nuevo Humanismo se rescatan dos acepciones:

- 1) Fe es la creencia no basada en argumentos racionales. También nos aclara que diferentes teorías consideran a la fe como una emoción, como un fenómeno del intelecto, o como un atributo de la voluntad.

¹ "En ese espacio puedes espantarte por el paisaje desierto e inmenso y por el aterrador silencio de esa noche transfigurada por enormes estrellas inmóviles. Allí, exactamente sobre tu cabeza, verás clavada en el firmamento la insinuante forma de la Luna Negra... una extraña luna eclipsada que se opone exactamente al Sol. Allí debes esperar la alborada, paciente y con fe, pues nada malo puede ocurrir si te mantienes calmo." (La mirada interna, Silo)

- 2) Fe es un estado psicológico que se expresa en ideas e imágenes y que sirve de estímulo y orientación en la actividad práctica.

En el caso de la fe religiosa este Diccionario distingue entre *religiosidad* y *religión*:

La religiosidad, referida a una experiencia de sentido y un sentimiento de trascendencia.

La religión, en cambio, es la creencia en seres espirituales. Tal creencia puede ser estudiada desde su externalidad, (sistema de imágenes proyectado en íconos, cánticos, gestos y posturas), o desde la interioridad de la experiencia que vive el practicante.

En El Paisaje Interno, Silo da a la fe especial importancia como energía movilizadora del entusiasmo vital.² Distingue entre fe ingenua (también conocida como «credulidad») y la fe violenta del fanatismo. Ninguna de las dos es aceptable ya que mientras una abre la puerta al accidente, la otra impone su paisaje afiebrado. Destaca que es falsa la oposición entre la fe y la ciencia, ya que ambas pueden tener la misma dirección favoreciendo el crecimiento de la vida. La ciencia requiere de la fe para sostener el esfuerzo en su desarrollo. La fe sirve a la vida cuando abre el futuro, cuando se deposita en uno mismo y en quienes me rodean, y cuando orienta la vida hacia la acción válida.

Siguiendo esta especie de exégesis de lo dicho por Silo sobre la fe, en la arenga de la Curación del Sufrimiento de 1969 y en los Actos en Europa y Asia de 1981 rescatamos que: es la *fe interna* y la *meditación interna*, lo único que puede acabar con la violencia en ti, en los demás y en el mundo que te rodea.

En el acto de Bombay dirá: Sin fe interna, sin fe en uno mismo, hay temor; el temor produce sufrimiento; el sufrimiento produce violencia; la violencia produce destrucción. Y aclara que la fe interna es la fe en uno mismo, en el sentido que uno puede contribuir al progreso; y es la fe en las posibilidades de cambio de los otros, (aun cuando existan defectos).

Volviendo al “Paisaje Interno”, Silo insiste que lo que define una vida es su actividad contradictoria o unitiva, y es la contradicción la que invierte la vida. Para convertir la vida, no basta el trabajo interno, sino que hay que modificar conductas y para ello es necesario despertar la fe en que la conversión de la vida, invertida por la contradicción, es posible³.

Fe externa.

La fe es una fuerza interna que se despierta frente a una necesidad vital, es decir ante situaciones que experimento de vida o muerte. También despierta la fe ante una necesidad de futuro, de sentido de la vida o de trascendencia. Desde el punto de vista de la dirección de la conciencia hacia el objeto de fe, ésta puede ser interna o externa.

La fe externa es un estado psicológico en que se atribuye la causa de la fuerza interior, a un objeto de conciencia; externo o interno. La conciencia atribuye su cohesión y fortaleza a uno de sus contenidos.

La fe es externa cuando se cree, se piensa o se siente que esa fortaleza de la fe, proviene de una imagen de la conciencia o de un objeto externo a ella. La fe no es externa por tener fe en algo externo, sino por creer que eso externo (o interno), es lo que me da la fe. La fe externa se

² Paisaje Interno Cap. XIV. La fe, Silo

³ Ibis. cap. XVIII El cambio

experimenta como una fuerza interior, pero que le pertenece al objeto de fe y es ello quién la provee. Es decir, la fe es externa cuando se cree que el objeto de fe es la causa de la fe.

Solemos perder la fe en una institución como una Iglesia, un Estado, un partido político o en un líder social; hoy por hoy es habitual dejar de creer en lo institucional; cuando eso sucede, nos replegamos y quedamos sin el impulso para poner cosas en marcha. Son casos en que la fe estaba externalizada, atribuyendo a esa institución o a ese líder la capacidad de proveernos de fuerza interior; nos fallan y nos quedamos pasmados, “sin fe”.

Cuando nos sentimos engañados y algo se quiebra adentro, esa fe traicionada, es fe externa. Creímos que la fuerza de la acción, la fe, la proveía lo otro, aquello que me engañó.

También puede haber fe externa, con objetos que pertenecen sólo al mundo interno⁴. Qué pasa con la fe en un ideal, o en un dios, o en un antepasado que me inspira. Un ideal es una imagen de futuro que se encuentre en el mundo interno y que puede impulsar mis acciones. Pero si la fe en ese ideal es externa, ganaré o perderé fe según el vaivén de los éxitos o fracasos de mi ideal. En cambio, cuando comprendo que la imagen de mi ideal, concentra *mi* fuerza interna y me moviliza hacia su concreción, pero que ese ideal no tiene en sí una carga particular si no que esa carga proviene de mí mismo, de mi interioridad, y “elijo” colocar esa carga psicológica allí, me acerco a la fe interna.

Cuando considero que mi fuerza interior se debe a una sensación abstracta y totalizante como la de Dios y que todo lo que me sucede, y la misma fe se debe a ese Ser, también estamos ante esta confusión que llamamos fe externa. Dios en este tipo de fe no evita el temor y la fe en Él es huidiza; se utilizan distintos trucos de tipo ritual o fetichista, para fijarla; pero esa fe sigue siendo variable y no progresa hacia estados de fe interna.

Entonces, La fe es externa cuando considero al objeto de fe, independientemente de su pertenencia al mundo interno o externo, como la causa, o el origen de mi fe.

En la fe externa soy tomado por el objeto de mi fe, es decir soy tomado por una imagen de la conciencia. Los acontecimientos van defraudando la fe, y fuerzo todo para sostenerla, aumentando la violencia interna. Se establece una relación de dependencia entre el psiquismo con el objeto de fe. Siento que si falla el objeto de fe, peligra la estructura psicofísica total.

No experimento un temor presente, pero crece permanentemente un temor copresente que se intenta evitar reiterando, a veces de manera compulsiva, la presencia del objeto de fe. En rigor la fe externa no evita el temor y contrariamente, lo aumenta; y ese temor copresente, en cualquier crisis vital derrumbará el muro de contención puesto por esa fe externa, e irrumpirá angustiando la conciencia.

⁴ Esta diferencia entre mundo externo y mundo interno es más bien pedagógica, porque en definitiva todo objeto del mundo externo tiene su correlato en una representación interna y en una posición precisa del espacio de representación.

Fe interna

La fe interna es un acto intencional, es decir posee libertad, y dirige al psiquismo hacia algo querido. La fe interna más precisamente, es la sensación cenestésica de ese acto intencional que dirige al psiquismo hacia algo “querido”. Estamos ante una cualidad bastante diferente a lo que solemos llamar fe, que por lo general se refiere a la fe externa. La fe interna, no es un don, o una gracia, sino una energía vital que puedo experimentar y disponer para “cargar” determinadas imágenes mentales y orientar la acción hacia una dirección *querida*.

La fe interna es un acto intencional, es decir, apelo a ella por una decisión personal. La fe interna no se despierta ni por presión social, ni por educación, ni siquiera por revelación. En todos esos casos solo alcanzamos la fe externa que tiene en su raíz un cierto grado, más sutil o más burdo, de imposición.

Tomemos por ejemplo la fe en la vida. Podemos en este momento despertar en nosotros, si queremos, ese acto de fe en la vida; vida que se abre paso en la dificultad, que se multiplica y se diversifica en infinitas formas, amenazada por innumerables circunstancias; vida que crece y evoluciona. Puedo sentir el impulso de la vida en mí; en ese impulso experimento la fuerza de mi fe. Estamos ante la fe interna, despertada intencionalmente.

En la fe interna, lo relevante es la sensación o la experiencia interna de la fe. Si la imagen que cargo con la fe está muy definida o si es difusa, cualquiera sea el caso la fe interna se refiere a la sensación de fuerza o de confianza en mí, y no a las sensaciones de placer o afirmación que genera la posesión de dicha imagen. Incluso, la imprecisión del objeto de fe, o a veces la dificultad de su definición, o la imposibilidad de atraparlo en un concepto, puede ayudar a reforzar o peraltar la sensación de la fuerza interior. Por ejemplo, la fe en el futuro. El futuro es un horizonte abierto, indefinido e impreciso; trato ahora de sentir que todo saldrá bien para mí y para todos, y para la sociedad... Distintas imágenes acompañan ese sentir; observo que al “evocar” el futuro aumenta la sensación de mí mismo, de mi energía, de mi fuerza.

La fe interna dirige al psiquismo hacia algo querido. Eso “querido por mí”, en el caso de la fe interna, refuerza el acto que lo busca, concentra la fuerza interior que lo imagina; privilegia la conmoción interna y no su “realidad” material o espiritual, ni siquiera su posesión o concreción. La fe interna no busca validar el objeto de fe, sino experimentarse a sí misma ganando cada vez más independencia, autonomía o libertad del o los objetos a los que se refiere. En la fe interna el objeto al que dirijo la fe, la imagen mental que cargo, tiene la particularidad de que, en lugar de succionar la carga energética hacia ella tomando mi conciencia, más bien hace rebotar la mirada hacia la interioridad y experimento el reconocimiento de la fe o de la fuerza interna.

Pensemos por ejemplo en una persona cercana en la que quisiéramos confiar, o deseamos que le vaya bien en sus asuntos. Recuerdo su rostro, su aspecto físico; tal vez aparecen también sus defectos que me hacen dudar de su capacidad. Pero ahora *decido* poner mi fe en ella. En lo mejor de esa persona, en lo que podrá descubrir dentro de sí misma y superar cualquier dificultad de su vida. Estoy conectando con mi fe interna y refiriéndola a algo del otro que es trascendente a su aspecto externo, ni siquiera está referida a sus cualidades o defectos; dirijo la fe hacia un impulso interior de esa persona que la llevará muy lejos y le ayudará a sortear todo tipo de problemas. Hemos puesto en marcha el motor de la fe hacia el otro y experimento una cercanía con el otro y un aumento de la fuerza interna.

“Lo querido por uno”, tiene por una parte carga afectiva, lo envuelve un tipo de emocionalidad amorosa, pero sobre todo tiene el atributo de “libertad”: “porque sí”, porque lo quiero así. El querer es un acto libertario, desde la interioridad. Lo querido por mí, es tal porque concentra carga afectiva, pero al mismo tiempo, lo quiero sin imposición de ningún tipo, sin obligación.

Por otra parte, lo querido no se refiere a una cosa que tomo y la poseo. Lo querido, el destino del acto de fe, es también sujeto de libertad. Aquello que quiero no es un objeto; lo querido puede ser una persona o un dios, es decir: intenciones fuera de mí. Lo querido no es el significado de lo deseado, sino en el significado de “lo amado”. El acto de fe se refiere a “lo otro”, que es independiente de mí y que tiene la opción de aceptarme, escogerme o no. Lo querido desde mi fe, no lo puedo poseer, no lo puedo forzar ni hacer mío, ya que es también “libertad”. Lo querido, “lo otro”, se experimenta como algo impreciso, impredecible; no es algo que “es”, ya que su ser se escapa cada vez que lo defino; se trata de algo que tiene una cualidad de proceso, de cambio; lo querido, se va mostrando, develando, construyendo.

Si lo querido fuera llegar a una sociedad humana preocupada de erradicar la pobreza, la enfermedad y la violencia de la humanidad entera, y decido ahora, despertar la fe en que ese ideal es posible. Apelo a algo interior que me permita creer en esa posibilidad, trato de conectar con los esfuerzos de hombres y mujeres dedicados, que abrieron caminos cuando todo parecía cerrarse; evocándolos, recuerdo también mis propios esfuerzos para salir de penurias; los momentos de convergencia con otros para dar batallas que parecían imposibles. Estos pensamientos me traen la sensación de mi fuerza interna, ese ideal aún lejano, anima una fuerza y acrecienta mi fe.

Entonces la fe interna, es una intención, de la cual tengo sensación, que dirige a la conciencia hacia lo otro que “quiere por sí mismo”, sin que yo pueda intervenir en su decisión, y al hacerlo mi intención a su vez, se experimenta a sí misma como aumento de la fuerza interna, como reconocimiento de uno mismo y como posibilidad abierta al futuro.

Fe en uno mismo

La fe en uno mismo se presenta como la sensación de uno en la propia interioridad; como intimidad de mí mismo, que me acompaña, y que no depende de mis éxitos, ni de mis conquistas, ni de mis fracasos, ni siquiera de mis problemas o defectos.

La fe en uno mismo, no es afirmación de sí. No es exaltación de mis atributos. No es aferramiento a una creencia, o a una identidad. La fe en uno mismo brota cuando suelto las amarras de mi identidad, y acepto que no sé quién soy; entonces a tientas en la quietud de la noche infinita, siento el impulso de la propia intención.

Al externalizarse la fe y la conciencia ser tomada por el objeto de fe, se pierde el contacto con sí mismo. Esta pérdida de comunicación con uno mismo, es también una pérdida de la fe interna. Enfrentados a desafíos y a metas, en que hay que rendir, cumplir estándares o exhibir logros, a menudo entramos en un estado de compulsión en que el temor a fracasar se presenta compulsivamente, y sentimos una angustia o una vergüenza ante la mirada de los otros que todavía creen que podremos cumplir lo propuesto. El pánico que nos produce el escenario futuro a veces es tal que lo desconectamos y tratamos de convencernos que esa meta para nosotros es secundaria; esta contradicción aumenta la angustia.

Aún en esa situación de compulsión máxima ante la mirada de los demás, de cuya aprobación dependo para poder equilibrarme, puedo apelar a mi fe interna. Al principio será muy difícil porque el contacto con la interioridad está bloqueado, estoy totalmente fuera de mí. Se han externalizado todos los recursos psicológicos que en otros momentos me ayudaban.

Si puedo detenerme un instante, sentir mi respiración, observar compasivamente el estado de angustia al que estoy arrastrado; quizás pueda darme cuenta que lo que más necesito en ese momento, es “a mí mismo”. Necesito entrar en contacto con eso que soy más interiormente. Con eso que habita conmigo desde años, que me ha acompañado en las diferentes etapas de la vida. Necesito volver a reconocer eso que me impulsa, y tomar contacto con “la verdadera razón” por la que estoy haciendo lo que estoy haciendo. Esa razón más profunda, que no tiene que ver con la mirada de los demás. Estoy lejos de mí, pero precisamente por ello puedo reconocer la “real necesidad” de acercarme a mí mismo, de encontrar mi centro, mi yo más profundo. Estos pensamientos me llevan poco a poco a tomar contacto conmigo mismo; puedo reforzarlo llevando una bocanada de aire a mi corazón, pidiendo por acercarme a la unidad interna y alejarme de la contradicción. He vuelto a mí, y la fe interna orientará mi destino.

Al volver a mí, al recuperar la fe interna, mi acción recupera su centro, recupera su origen intencional, se libera de las presiones externas y asume el compromiso interno que la impulsa.

La fe en uno mismo se proyecta en otros, en quienes también puedo observar la facilidad con que se pierden de sí mismos, y la posibilidad de volver en sí; comprendo por experiencia propia que el otro, al recuperar la fe en sí mismo, recuperará también su libertad, su centro y el sentido de su acción.

Cualquiera sea la situación de alteración en la que el otro se encuentre, puede recuperar su fe interna; la mirada en esta posibilidad de cambio del otro, fortalece mi propia fe, que se traducirá en acciones que colaboraran con su liberación. Esta copresencia de la fe en el cambio del otro, orienta mis acciones en esa dirección, lo que retroalimenta la propia fe y la unidad interna.

Fe en la trascendencia

En la nota 4 del Libro de la Comunidad y en la Declaración de México de 1980, Silo habla de la fe en la trascendencia. Describe el estado psicológico de una persona en relación a la distancia en que se encuentra con respecto a la experiencia de la trascendencia. Establece una escala para distinguir los estados de la conciencia respecto a la fe en la trascendencia; en cada uno de esos estados o peldaños, uno puede estar ubicado con superficialidad, o con mayor profundidad. Hace notar la variabilidad de la fe, que a veces se tiene y a veces no; a veces es indudable certeza, y a veces olvido total de sí. Esta inestabilidad de la fe, ya se anuncia en La Mirada Interna para mostrar el estado de sinsentido en que se encuentra la conciencia humana.

Silo describe como el estado más despierto y consciente de la fe, cuando se obtiene “la evidencia indudable por experiencia, de la trascendencia”. Ofrece su testimonio personal, de que es posible alcanzar directamente esta experiencia, y agrega que si se profundiza en ella, las acciones se orientarán hacia ayudar a otros para que puedan también experimentar en sí mismos su ser inmortal; esta ayuda será tal, sí y sólo sí, se renuncia a cualquier intento de imposición de las

propias certezas⁵. Entonces, el estado más alto de la fe en esta escala, es el que está apoyado en una experiencia directa de la trascendencia; la fe sustentada en experiencia es muy diferente a la fe que se logra por educación o por tradición; esta fe que proviene desde un contacto directo con sí mismo, es más interna que el deseo de tener fe o el deseo de tener una experiencia de este tipo; es muy diferente tener la experiencia de trascendencia, a aceptar intelectualmente de que eso es posible. En el peldaño más alejado de esta escala y a manera de polaridad, está el nihilismo que niega toda posibilidad de trascendencia.

También nos advierte que la fe no es algo que se tiene o no se tiene, sino, algo que se adquiere, que crece o se debilita según la coherencia de lo que se hace con lo que se siente y se piensa. Hasta aquí Silo.

La muerte es el acontecimiento radical de la vida humana. Desde bastante jóvenes se sopesa el suicidio como posibilidad de liberarse de los males de la existencia. Luego uno vive creyendo que la muerte es algo que les pasa a los otros. Cuando alguien querido se muere, nos quedamos atónitos y nada de lo que creíamos o decíamos al respecto se sostiene. Luego se vuelve a un equilibrio y vivimos “sabiendo” que moriremos, pero “creyendo” que todavía no nos sucederá; transcurrimos, alejando la conciencia de la finitud.

La creencia en la trascendencia tiene diferentes intensidades según las experiencias en las que se asienta. Si mi experiencia es dudosa y mi fe se basa en lo que me han dicho o he leído, tambaleará frente cualquier dificultad. Si la creencia en la vida después de la muerte, es un ensueño compensatorio al temor a morir, su vigor no será mayor que cuando espero ganar la lotería para resolver la angustia económica; si mi fe está fundamentada en la herencia cultural, tendrá el peso de la tradición, pero titubeará frente a las crisis de la existencia.

La muerte es un hecho percibido por todos los sentidos; la ausencia del cuerpo del que fue, es también una percepción cotidiana. Esta experiencia perceptual de la muerte, solo puede ser refutada por acumulación de experiencias tan directas e indudables como la perceptual. Las creencias son lo dado, el piso lógico en el que me desenvuelvo; sólo pueden ser modificadas por experiencias importantes y reiteradas; reiteradas por que la inercia del sistema de creencias tiende a conservarlas. Lo que “se cree” es “la realidad”; la creencia tiene el poder de tamizar la subjetividad con su “verdad” y percibirla como “realidad”. Para modificar lo que creo sobre la muerte, tengo que sentirlo como necesidad, y lograr experiencias que me muestren con evidencia directa lo trascendente en la interioridad de lo humano.

Una fe externa en la trascendencia, referirá esa vivencia o esa posibilidad a algún contenido de conciencia. Generalmente será Dios o algún otro ser espiritual, transfiriendo a “su voluntad” el acceso a lo inmortal.

⁵ “Y así, coherentemente con lo enunciado, declaro ante ustedes mi inmovible fe y mi certeza de experiencia, que la muerte no detiene el futuro. Que la muerte por el contrario, modifica el estado provisorio de nuestra existencia, para lanzarla bienaventuradamente hacia la trascendencia inmortal. Y no impongo mi certeza, ni mi fe inmovible. Y convivo con aquellos que se encuentran en estados diferentes respecto del sentido, pero me obligo a brindar solidariamente el mensaje que reconozco hace libre y feliz al ser humano.” (Habla Silo, El sentido de la Vida)

Habitualmente estoy olvidado de mí, de mi existencia y de su temporalidad; en ese olvido no tiene mucha importancia si mi fe es externa o interna. Pero cuando se presenta la muerte a boca de jarro, si la tiene. Si la fe es externa, apelaré al contenido de conciencia al que doté de la capacidad de resolver estos temas. Si la necesidad que motiva tal invocación, moviliza fuerzas instintivas de supervivencia, se podría producir un corrimiento del yo habitual, la conciencia se inspira y responde desde esa condición “inspirada”, a la necesidad que la apremia. Esto valida al objeto de la fe externa y refuerza el sentimiento de que la fuerza interior proviene de la exterioridad. El objeto de fe sería la causa de la fe.

Esto nos muestra que la fe externa tiene alguna eficacia. Probablemente se produjo un desplazamiento del yo habitual o una sustitución del yo por otra imagen de conciencia, una entidad que puede ser un dios, un guía o un espíritu, un antepasado o algún otro contenido de la conciencia. En cualquier caso, la fe externa se valida por la “realidad” de la experiencia obtenida. Pero esta interpretación externalizada de la fe también tiene su trampa, ya que en lo sucesivo, la inspiración tenderá a bloquearse por medio de ritos y supersticiones y no procesará hacia estados superiores de conciencia.

El temor a la muerte está siempre copresente y en algunas circunstancias, muy comunes por lo demás, atraviesa la niebla que lo adormece y penetra en la piel temblorosa de mi existencia. Desde la fe externa recurriré a aquel Ser que es el objeto de mi fe. Lo invocaré y sentiré su presencia, y con ello impediré que el temor a la muerte salga de la copresencia, experimentando cierta tranquilidad. Sin embargo, necesito que el temor permanezca allí sin entrar al campo de presencia. Por medio de oraciones y repeticiones forzaré la presencia de aquel Ser, porque al estar ocupado invocándolo, la angustia de la muerte disminuye. La muerte queda fuera del alcance de mi atención, pero permanece en el campo de la copresencia. La concentración en el objeto de fe, “poseedor” del poder de la inmortalidad, bloquea los contenidos relacionados con la muerte; no sólo los de la muerte misma, también contenidos desintegrados que ante la finitud adquieren relevancia; el temor a la muerte, contrariamente a disminuir, aumenta su presión como reacción a la fuerza que hago, para impedir que entre al campo de mi atención. En cualquier descuido o cualquier crisis, el temor a la muerte irrumpirá desde la copresencia, y ocupará el centro de la conciencia, que creará en ella.

Estudiemos el mismo temor desde la fe interna.

En un momento de necesidad, despertamos la fe interna. Un momento de necesidad no es únicamente cuando el accidente se presenta, ya que la muerte es la copresencia permanente de la existencia. Bastará que me ponga en situación de acercarme a la temporalidad de mi finitud, para que se develen las necesidades fundamentales. Mientras acerco la intuición de lo momentáneo de mi existencia, se irán presentando los temas pendientes que tengo con mis seres amados, el sentido, o el sinsentido, de la acción que realizo cotidianamente, lo incomprensible del existir. Todo esto suelo soslayarlo en el diario vivir o darle una respuesta rápida desde las creencias adquiridas. Pero ahora tomo otro camino: con suavidad, pero con resolución, siento la presencia de mi muerte, tomo conciencia de mi tiempo, de mi finitud. Observo y acepto la incertidumbre que acompañan estos pensamientos. Me dejo poseer por el sentimiento de ignorancia frente a temas que, hasta ahora, trataba de que no me afectaran, de despacharlos rápido a través de un cliché o de una fe ingenua; también puedo observar como trato de erradicar esos pensamientos que me acercan mi propia muerte, forzando una creencia, imponiéndola a mi conciencia con cierto fanatismo. Al aflojar las tensiones que se producen al acercar mi muerte, me siento

absorbido por la duda y el no saber, siento un mareo poco habitual, una angustia que me asusta que se quede para siempre; pero ahora estoy ante una verdadera necesidad de mi existencia. Frente a esta necesidad de mí mismo, de ti, de todos, de algo... busco en mi interior la fe interna; aguzo el oído y la mirada interna.

Volcado hacia el interior de mí mismo, me refugio más atrás de mi angustia. Aunque me cuesta aceptarlo porque refuta todo pensamiento previo, siento una fuerza interior que no se inmuta frente a la confusión intelectual, una cierta neutralidad emotiva que no se agita en el vaivén del sí y del no de la angustia; encuentro una tranquilidad inesperada adentro de mí. Observo que puedo aceptar esta calma interna, o degradarla como si la quietud fuera ilusoria y la alteración verdadera. Al aceptar la fe interna, ésta se experimenta a sí misma, y aún sin tener respuestas, sabe que “sabe” y si bien no tiene pasión, tampoco siente temor. Esa presencia en mí, aun en medio de la tormenta, es reveladora de una fuerza interior que puede orientarme en una dirección trascendente y de sentido.

Cuando decido despertar mi fe, siento la muerte más presente, pero ésta no tiene la carga de temor, sino de incitación. El registro (la vivencia) de la propia fe, a medida que se hace más nítido o más consciente, pone en duda la “verdad” y lo fáctico de la muerte. La muerte, como objeto de conciencia pierde carga, a medida que la experiencia de fe aumenta. La fe interna es una fe consciente de los límites de la consciencia, pero siente en sí algo que no pertenece a esos límites. La fe interna no niega el abismo, la muerte o la nada; pero experimenta en sí misma algo que lo sobrevive. La nada no es el objeto del acto de fe, ni para afirmarla ni para negarla; el acto de fe interna va en otra dirección, hacia lo profundamente querido.

Lo “trascendente”, no es un contenido de la conciencia. Si lo trascendente se vuelve un objeto de conciencia, ya no es trascendente. En cambio, a medida que tengo conciencia de los propios límites, lo trascendente crece y opera como copresencia. Esa mayor conciencia de mí, crea una sensación interna de centro, de confianza, de “fe interna”. Esa sensación interna, produce un cambio en las creencias sobre estas cosas. La muerte pierde carga, no aparece como tan verdadera, y algo tiñe la vida de alegría o de sentido. Los otros, tú, cobra un significado novedoso, más parecido al compromiso que a la indiferencia.

El crecimiento de la fe interna.

Nunca reparamos suficientemente en la primacía de la acción para dar coherencia y unidad a la existencia. El pensamiento es importante, el sentimiento es importante, pero su movilidad y variabilidad no dan consistencia hasta que son fijados en el mundo a través de la acción. Es la acción la que finalmente reditúa en la acumulación de la fuerza y la unidad interna, o en la debilidad y la contradicción.

La fe interna crece en el reconocimiento de “lo otro”, de una intención ajena que no puedo poseer, pero puedo amar y dignificar. Esa intención que no me pertenece puedo reconocerla en el otro ser humano junto a mí, puedo experimentarla en el interior de mí mismo, puedo intuir la en el proceso de la humanidad desde su origen natural hacia la liberación de sus condicionamientos, y puedo rozarla en el terreno de lo sagrado al percibir una intención evolutiva de la que participo y no me pertenece. Pero ese reconocimiento de “lo otro” se evanece muy pronto como comprensión intelectual o como emoción conmovedora, a menos que a través de la acción reconozcamos “lo otro”, que no poseo, pero que la acción puede develar. Develamiento que en su despliegue despierta emociones de amor y la compasión.

El valor de la acción entonces, está dado primariamente por su capacidad de aumentar la fe interna y la unidad interna y no por sus logros objetivos. Los indicadores externos de la acción tienen importancia a la hora de la evaluación y la reflexión, pero no pueden suplantar la referencia existencial de crecimiento de la paz interior, de la fuerza interna y la alegría del futuro, en uno y en el medio en que me desenvuelvo. Al ocurrir esta inversión del valor de la acción, experimentamos contradicción, debilidad y la fe se externaliza hacia la ingenuidad o el fanatismo.

La acción destinada a reconocer a los otros es la que produce crecimiento de la fe y la fuerza interna. En la medida que el primario de mi acción se orienta a los demás, a apoyar el aumento de su fuerza interior, al fortalecimiento de su fe interna, de ampliar su libertad de decisión, todo eso aumenta también en mí.

Hemos comprendido un poco sobre la fe interna, diferenciándola de la externa, en que se cree que el objeto de fe, o la creencia, es la causa de la fe. Tradujimos la fe interna en su modalidad de fe en uno mismo y fe en la trascendencia.

La fe puede ser despertada al tomar contacto con la necesidad real de nuestra vida. Y esto sucede cuando se nos presenta la cercanía de la muerte o del sinsentido; esto puede ocurrir por accidente, o porque conscientemente acercamos amablemente los pensamientos sobre la propia muerte, aceptando la incertidumbre y angustia que ello produce. El reconocimiento de mi necesidad, es también reconocimiento de la fragilidad, del deambular sinsentido, del futuro que se trunca con la muerte. Desde el contacto con esa necesidad, tomo la decisión de despertar mi fe interna, de sentir mi fuerza interior.

En esta internalización encuentro una fuerza interior y una calma, que llamamos fe interna. Esa fe interna puedo dirigirla hacia algo “querido”, amado por mí, que es a su vez libertad. Eso querido o amado, el objeto de mi fe, eso “otro”, a lo que se dirige mi fe, no puede ser poseído, ya que no es algo que es, sino que va cambiando y constituyendo a medida que crece la fuerza interna; y a medida que mi fe se deposita en ello, intensifica la sensación de sí misma. El contacto y el reconocimiento de esa energía, va cambiando las creencias que se tienen respecto a la vida, a los demás y a lo trascendente.

En el caso de la fe externa, el objeto de fe puede producir la sustitución del yo habitual por el objeto de fe, y la conciencia ser tomada por esa entidad o esa imagen; la conciencia en este trance, logra un nivel de respuestas a su necesidad, pero queda atrapada en la creencia de que es la entidad de la fe, la que la provee o es la causa de la fe.

Al tomar contacto con la sensación de mi fuerza interior, observo que está referida a ciertas personas, a ciertos proyectos o futuros posibles a los cuales me dirijo. Puedo sentir también la fuerza con que me aferro a ellos y el temor que siento a que esas personas me abandonen o ese futuro imaginado no se cumpla. Puedo ahora observar esa dependencia de mi fuerza interior a esos futuros posibles. Al observar mi aprehensión y mi temor, entro en un espacio más interno y más quieto y observar esos apegos desde cierta neutralidad. Esa posición interna, puede convertirse en una nueva referencia cuyo crecimiento y fortalecimiento da un sentido renovador a la vida y orienta la acción hacia un destino liberador.

Síntesis del estudio sobre la fe.

Fe externa.

La fe externa es un estado psicológico en que se atribuye la causa de la fuerza interior, a un objeto de conciencia, externo o interno. La conciencia atribuye su cohesión y fortaleza a uno de sus contenidos. La fe externa se experimenta como una fuerza interior, pero que le pertenece al objeto de fe y es ello quién la provee. Es decir, la fe es externa cuando se cree que el objeto de fe es la causa de la fe.

La fe externa no evita el temor y contrariamente, lo aumenta en la copresencia. En cualquier crisis vital irrumpirá desde allí angustiando la conciencia. Para evitar que el temor se apodere de mí, lo sumerjo a través de oraciones u otro tipo de repeticiones que mantienen mi atención pendiente del objeto de fe. Pero al hacer esto, al forzar la atención para mantener en presencia el objeto de fe, el temor crece como trasfondo de la conciencia.

Fe interna

La fe interna es un acto intencional, es decir posee libertad, y dirige al psiquismo hacia algo querido. La fe interna más precisamente, es la sensación cenestésica de ese acto intencional que dirige al psiquismo hacia algo “querido”. Estamos ante una cualidad bastante diferente a lo que solemos llamar fe, que por lo general se refiere a la fe externa. La fe interna, no es un don, o una gracia, sino una energía vital que puedo experimentar y disponer para “cargar” determinadas imágenes mentales y orientar la acción hacia una dirección *querida*.

Lo “querido por mí”, en el caso de la fe interna, refuerza el acto que lo busca, concentra la fuerza interior que lo imagina; privilegia la conmoción interna y no su “realidad” material o espiritual, ni siquiera su posesión o concreción. La fe interna no busca validar el objeto de fe, sino experimentarse a sí misma ganando cada vez más independencia, autonomía o libertad del o los objetos a los que se refiere.

El acto de fe se refiere a “lo otro”, que está fuera de mi control y es independiente de mi voluntad. Lo querido, “lo otro”, no es algo que “es”, ya que su ser se escapa cada vez que lo defino; se trata de algo que tiene una cualidad de proceso o de cambio; lo querido, se va mostrando, develando y construyendo.

La fe interna es un acto intencional, como respuesta a una necesidad experimentada como vital, de vida o muerte; o en otras palabras como una necesidad de futuro y sentido. La fe interna no se despierta ni por presión social, ni por educación, ni siquiera por revelación. En todos esos casos solo alcanzamos la fe externa que tiene en su raíz un cierto grado, más sutil o más burdo, de imposición. Lo querido desde mi fe interna, en lugar de generar dependencia o ansiedad de posesión, hace rebotar la mirada hacia la interioridad y experimento el reconocimiento de la propia fe o de la fuerza interna.

La fe en uno mismo, no es afirmación de sí. No es exaltación de mis atributos. No es aferramiento a una creencia, o a una identidad. La fe en uno mismo brota cuando suelto las amarras de mi identidad, y acepto que no sé quién soy; entonces a tientas en la quietud de esa noche de estrellas inmóviles, siento el impulso de la propia intención. Eso que soy, “eso otro”, que no me pertenece y sin embargo habita en mí.

Entonces la fe interna, es una intención que dirige a la conciencia hacia lo otro que “quiere por sí mismo”, sin que yo pueda intervenir en su decisión, y al hacerlo esa intención a su vez, se experimenta a sí misma; se experimenta como aumento de la fuerza interna, como reconocimiento de uno mismo y como posibilidad abierta al futuro.

Fe en la trascendencia

Una fe externa en la trascendencia, transferirá la vivencia o posibilidad de lo inmortal, a la voluntad de Dios, de algún ser espiritual, o de algún otro tipo de contenido de conciencia.

El temor a la muerte está siempre copresente y en algunas circunstancias, muy comunes por lo demás, atraviesa la niebla que lo adormece y penetra en la piel temblorosa de mi existencia. Desde la fe externa recurriré a aquel Ser que es el objeto de mi fe. Lo invocaré y sentiré su presencia, y con ello impediré que el temor a la muerte salga de la copresencia, experimentando cierta tranquilidad. Forzaré mi mente para mantener en presencia a aquel Ser, porque al estar ocupado invocándolo, la angustia de la muerte disminuye. El temor a la muerte queda fuera del alcance de mi atención, pero crece en el campo de la copresencia. Contrariamente a disminuir, aumenta su presión como reacción a la fuerza que hago, para impedir que entre al campo de mi atención. En cualquier descuido o cualquier crisis, el temor a la muerte irrumpirá desde la copresencia, y ocupará el centro de la conciencia.

No es el objeto del acto de fe lo que distingue a la fe interna de la externa. Sino que en un caso, la dirección de la conciencia está puesta hacia el contacto con la fuerza interior desprendiéndose del objeto de fe, comprendiéndolo como un andamio de la construcción espiritual y reemplazable en cada paso evolutivo, y en el segundo, en el caso de la fe externa, afirmando y exaltando el objeto de fe, considerándolo la causa de la fe. De todos modos, hay que aclarar que aun en el caso de la fe externa, si estamos ante una necesidad real, que moviliza fuerzas instintivas de supervivencia, se podría producir un corrimiento del yo habitual, y la conciencia responderá desde esa condición “inspirada”, a la necesidad que la apremia. Esto validará al objeto de la fe externa y reforzará el sentimiento de que la fuerza interior proviene de la exterioridad.

Si en cambio despierto mi fe interna, acepto la incertidumbre de no conocer las respuestas. Me dejo poseer por el sentimiento de ignorancia frente a temas que, hasta ahora, trataba de eludir, de despacharlos rápido a través de una fe ingenua; o a veces erradicando esos pensamientos por medio de oraciones o repeticiones forzadas. Absorbido por la duda y el no saber, un mareo poco habitual, una angustia que me asusta que se quede para siempre, me revelan que estoy ante una verdadera necesidad de mi existencia. Entonces apelo a mi fe interna.

Volcado hacia el interior de mí mismo, me refugio más atrás de la sensación. Aunque me cuesta aceptarlo porque refuta todo prejuicio, siento una fuerza interior que no se inmuta frente a la confusión intelectual, una cierta neutralidad emotiva que no se agita en el vaivén del sí y del no de la angustia; encuentro una tranquilidad inesperada adentro de mí, que puedo decidir aceptar, o degradar como si fuera ilusoria. La fe interna se experimenta a sí misma y aún sin tener respuestas, sabe que “sabe” y si bien no tiene pasión, tampoco siente temor. Esa presencia en mí, aun en medio de la tormenta, es reveladora de una fuerza interior que puede orientarme en una dirección trascendente y de sentido. La fe interna no niega el abismo, la muerte o la nada; pero experimenta en sí misma algo que lo sobrevive.

El crecimiento de la fe interna.

Nunca reparamos suficientemente en la primacía de la acción para dar coherencia y unidad a la existencia. El pensamiento es importante, el sentimiento es importante, pero su movilidad y variabilidad no dan consistencia hasta que son fijados en el mundo a través de la acción. Es la acción la que finalmente reditúa en la acumulación de la fuerza y la unidad interna, o en la debilidad y la contradicción.

La fe interna crece en el reconocimiento de “lo otro”, de una intención ajena que no puedo poseer, pero puedo amar y dignificar. Esa intención que no me pertenece puedo reconocerla en el otro ser humano junto a mí, puedo experimentarla en el interior de mí mismo, puedo intuir la en el proceso de la humanidad, y puedo percibir una intención evolutiva de la que participo, rozando el terreno de lo sagrado. Pero ese reconocimiento de “lo otro” se evanece muy pronto como comprensión intelectual o como emoción conmovedora, a menos que a través de la acción reconozcamos aquello “otro”, que no poseo, pero que la acción puede develar.

El valor de la acción entonces, está dado primariamente por su capacidad de aumentar la fe interna y la unidad interna y no por sus logros objetivos. Los indicadores externos de la acción tienen importancia a la hora de la evaluación y la reflexión, pero no pueden suplantar la referencia existencial de crecimiento de la paz interior, de la fuerza interna y la alegría del futuro en uno y en el medio en que me desenvuelvo. Al ocurrir esta inversión del valor de la acción, experimentamos contradicción, debilidad y la fe se externaliza hacia la ingenuidad o el fanatismo.

Hemos comprendido un poco sobre la fe interna, diferenciándola de la externa, en que se cree que el objeto de fe, o la creencia, es la causa de la fe. Tradujimos la fe interna en su modalidad de fe en uno mismo y fe en la trascendencia.

La fe puede ser despertada cuando se nos presenta la cercanía de la muerte o del sinsentido; esto puede ocurrir por accidente, o porque conscientemente acercamos amablemente estos pensamientos, aceptando la incertidumbre y angustia que ello produce. El reconocimiento de mi necesidad, es también reconocimiento de la fragilidad, del deambular sinsentido, del futuro que se trunca con la muerte. Desde el contacto con esa necesidad, tomo la decisión de despertar mi fe interna, de sentir mi fuerza interior.

En esta internalización encuentro una fuerza interior y una calma, que llamamos fe interna. Esa fe interna puedo dirigirla hacia algo “querido”, amado por mí. Eso “otro”, a lo que se dirige mi fe, no puede ser poseído, ya que no es algo que es, sino que va cambiando y constituyendo a medida que crece la fuerza interna; y a medida que mi fe se deposita en ello, intensifica la sensación de sí misma. El contacto y el reconocimiento de esa energía, va cambiando las creencias que se tienen respecto a la vida, a los demás y a lo trascendente.

Al tomar contacto con la sensación de mi fuerza interior, observo que está referida a ciertas personas, a ciertos proyectos o futuros posibles a los cuales me dirijo. Puedo sentir también la fuerza con que me aferro a ellos y el temor que siento a que esas personas me abandonen o ese futuro imaginado no se cumpla. Puedo ahora observar esa dependencia de mi fuerza interior a esos futuros posibles. Al observar mi aprehensión y mi temor, entro en un espacio más interno y más quieto y observar esos apegos desde cierta neutralidad. Esa posición interna, puede convertirse en una nueva referencia cuyo crecimiento y fortalecimiento da un sentido renovador a la vida y orienta la acción hacia un destino liberador.